

## SÉTIMA PARTE.

### DEDICATORIA

A MI AMIGO

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido Juan Eugenio,  
Mi octavo tomo publico,  
Y al cabo te le dedico  
En holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto,  
Un cuento te he prometido  
Y un tomo te doy cumplido;  
No me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra  
Destinos ó proteccion;  
Yo no grabo á la nacion,  
Conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor  
Versos y libros pidiendo,  
Iré libros escribiendo,  
Que lo tengo por mejor  
Que pedir al poderoso,  
Mendigar del ignorante,  
Y rogar al arrogante,  
Que soy yo muy orgulloso.

Buscar un critico enfático  
Que alabe mi obra no quiero,  
Que tan bien como el primero  
Puedo ser yo catedrático.

Y á mas, para entre los dos,  
Los criticones de ogaño  
No nos harán mucho daño,  
Sabén poco; vive Dios!

No se echan muchas vigalias  
Hoy en criticos estudios,  
Tras poquissimos estudios  
Hoy de critico te filias.

Con ir un mes á I aris  
Y almorzar con Victor Hugo,  
Vuelves y pones el yugo  
Literario á tu pais.

« ¡Las letras están fatales! »  
Vienen diciendo de allá.

« Las artes... ¡ lástima da !  
¡ No están en el Congo tales !  
¿ Pues los teatros ? ¡ da grima !  
¡ Ni de talento hay destellos... ! »  
Y escriben comedias ellos  
Como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercen allá,  
Ora á la regla, ora al gusto,  
Cada escena nos da un susto,  
Si calambre no nos da. —

Y viendo al fin que no atinan  
Por medio ninguno humano,  
Cortar el nudo gordiano  
Ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas  
Sus disparates bautizan...  
Y tanto la luz atizan  
Que nos dejarán á oscuras.

Quien de la escuela moderna  
Genio innovador se llama,  
Barba, galan, page y dama  
Despacha á la vida eterna.

Quien se dice de la antigua.  
En cánticos pobrecitos  
De la otra cambia los gritos,  
Y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo:  
¡ Tanto valen á fé mia !  
Con que firme en mi manía  
De andar con entrambas sigo.

En lo que no hago por Dios.  
Mas que con maña oportuna  
Tentar á la par fortuna  
Por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un rio  
Vierto, en situación acerba,  
Y á veces con una yerba  
Como un tonto me estasio.

Y en esto sin duda alguna  
Con sesudo estoicismo  
Pruebo que me da lo mismo  
Por las dos, que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán.  
Me daré por satisfecho

## EL CAPITAN MONTOYA.

### I.

#### LA CRUZ DEL OLIVAR.

Muerta la lumbre solar,  
Iba la noche cerrando,  
Y dos ginetes cruzando  
A caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas  
Al trotar de los bridones,  
Y yense por los arzones  
Las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,  
En sendas capas ocultos,  
Alguien tomara los bultos  
Lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume  
Cuál de los dos vale mas,  
Castor con cinta el de atrás,  
Y el de adelante con pluma.

Llegaron donde el camino  
En dos les divide un cerro,  
Y presta una cruz de hierro  
Algo al uno de divino.

Y es así, que si los ojos  
Por el izquierdo se tienden,  
Sotos se ven que se estienden  
Enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha  
Un convento solitario,  
En campo de frutos vario  
Y de abundante cosecha.

Echóse á tierra el primero,  
Y al dar la brida al de atrás,  
Aquí, dijo, esperarás;  
Y el otro dijo: Aquí espero.

Y hácia el convento avanzando  
Del caballero, en la oscura  
Sombra, se fué la figura  
Hasta perderse menguando.

Quedó el otro en soledad,  
Y al pié de la cruz sentado  
Siguió inmóvil y embozado  
En la densa oscuridad.

Mugia en las cañas huecas  
En són temeroso el viento,  
Rasgándose turbulento  
Por entre las ramas secas.

Y en los desiguales hoyos  
Con las lluvias socabados,  
Hervian encenagados  
Sin cauce ya los arroyos.

Ni había una turbia estrella  
Que el monte alumbrara acaso,  
Ni alcanzaba á mas de un paso  
Ciega la vista sin ella.

Si no te enfada lo hecho  
En Montoya el capitán.

El pueblo me lo contó  
Sin notas ni aclaraciones:  
Con sus mismas espresiones  
Se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas  
Para medirle compás,  
El pueblo tiene no mas  
El compás con que le midas.

La gente crítica y docta  
Que por decidir se muere,  
Califíquele, si quiere,  
De milagro ó de anécdota.

Se me da, Eugenio, un ardite  
Que lo juzgue bien ó mal,  
Que lo llame obra inmortal  
O de necia la acredite.

Porque segun lo que vemos,  
No hay obra, y mas siendo ajena,  
Que sea á su juicio buena...  
Con que pregunto, ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos  
Con que vengo á deducir  
Que debemos escribir  
Sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros  
Hay un buen libro que ojear,  
Fácil es de remediar,  
Escribámosle nosotros.

Tal vez en el ítem demos,  
Y si no damos, peores  
Que los demas escritores  
A fé que no quedaremos.

Y ademas, si es el placer  
De los sabios mal-decir,  
¿Si damos en no escribir  
Qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso,  
Pues lo que escribo critican,  
Escribo porque se pican  
Y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome  
La esperiencia por de pronto  
De que no faltará un tonto  
Que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede  
Que no tenga un solo amigo  
Que aplauda lo que yo digo,  
Como á muchos le sucede.

Yo sé que en ambas escuelas  
Habrà quien haga á este prólogo  
Allá á solas un monólogo  
Como á una fluxion de muelas.

Mas yo vivo por fortuna  
En tan dulce escepticismo,  
Que se me importa lo mismo  
Por las dos, que por ninguna.

Ni señal se apercibia  
De vida en el olivar,  
Ni mas voz que el rebramar  
Del vendabal que crecía.

Y al hierro santo amarrados  
Ambos caballos estaban,  
Y allí en silencio aguardaban  
A esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza  
Pisada al agrio rumor  
Les volvió su guardador  
Solo una vez la cabeza.

Un pié sobre el otro pié,  
Embozado hasta las cejas,  
Metido hasta las orejas  
El sombrero, se le ve

Como un entallado busto  
De alguno que allí murió,  
Y allí ponerse mandó  
Por escarmiento ó por susto.

Ni incrédulo faltaría  
Que si cerca del pasara  
Medroso se santiguara  
Dudando lo que sería.

Que á quien suele con la luz  
Y en compañía blasfemar,  
Bueno es hacerle pasar  
De noche junto á una cruz.

Mas esto se quede aqui;  
Y volviendo yo á mi cuento,  
Digo, que dudoso y lento  
Gran rato se pasó asi.

Y ya se estaba una hora  
De espera á espirar cercana,  
Cuando sonó una campana  
De lengua aguda y sonora.

Y aun duraba por el viento  
Su vibración cuando el guía  
Alguien notó que venía  
Por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,  
Y oyendo el són mas distinto,  
Echóse la mano al cinto  
Y « ¿quién va? » el amo y el mozo

Preguntaron á la par;  
Mas conocidos los sonos  
Asieron de los bridones  
Y volvieron á montar.

Y es fama que menos fiero  
El señor con el criado,  
Dejóle andar á su lado  
Como digno compañero.

Y este al ver cuán satisfecho  
Volvió de su expedición,  
Así la conversacion  
Introdujo de lo hecho.

« Señor, ¿cómo está la monja?  
— ¿Y cómo ha de estar, Ginés?

Atortolada á mis piés,  
Y mas blanda que una esponja.

— ¿Y pensais dejarla asi?  
— ¡Dejarla! ni por asomo:  
No sé todavía cómo,  
Mas la sacaré de allí.

Que segun lo que yo he visto  
Mas quiere la tortolilla  
Volar libre por Castilla  
Que estar en jaula con Cristo. »

Y aquí el recio vendabal,  
En voz y empuje creciendo,  
Puso lo que iban diciendo  
Para escucharse muy mal.

Y ellos, temiendo que acaso  
Les cogiera la tormenta,  
Sacaron por buena cuenta  
Los caballos á buen paso.

## II.

## CUCHILLADAS EN LA CALLE.

En una noche de octubre  
Que las nieblas encapotan,  
Ahogando de las estrellas  
La escasa lumbre dudosa,  
De la ciudad de Toledo  
En una calleja corva  
Que el paso desde el alcázar  
A Zocodover acorta,  
Es fama que se apostaron  
Seis hombres, que grupo forman  
De una de las dos esquinas  
A la prolongada sombra.  
Murmuraron por lo bajo  
Algunas palabras cortas,  
Cortas, porque á ellos les bastan,  
Bajas, por si hay quien las oiga.  
Repartieron sus puestos  
Con precaucion previsora,  
Favorable á los que esperan,  
Y á los que lleguen dañosa;  
Y quedaron en silencio  
Casi por un cuarto de hora,  
Tan ocultos y pegados  
A la tapia en que se apoyan,  
Tan hundidas en la niebla  
Sus desvanecidas formas,  
Que hubo quien pasando entre ellos,  
Juzgó la calle muy sola.  
Caía desde las tejas  
Desprendida gota á gota  
La niebla que dó halla sitio  
Calladamente se posa:  
Y alguna ráfaga errante  
Con tenue voz melancólica  
Cruzaba de alguna reja  
Las hendiduras angostas.

Se oían de cuando en cuando  
Sonar por la calle próxima  
Puertas y aldabas de casas,  
Pasos y voz de personas.  
Mas nada á los apostados  
Mueve, anima ó impresiona,  
Ni voces, ni transeuntes  
Parece que les importan.  
Inmóviles permanecen,  
Y las sospechas se agotan  
Al ver que por ellos pasan  
Tanta gente y tantas horas;  
Y es imposible atinar  
Con el intento que forman,  
Cogiendo la calle á espacios  
Por ambas aceras toda.  
Marcó las once un reló,  
Sonaron tardas y cóncavas  
De las once campanadas  
Las once pesadas notas,  
Y al par que en la callejuela  
Los cinco se desembozan,  
Alumbrándola por dentro  
Luz á una puerta se asoma.  
Corriéronse los cerrojos,  
Rechinó la llave sorda,  
Y un cuadro de luz voluble  
Vaciló en piedras y losas.  
Traspusieron los umbrales  
Tres bultos, y una tras otra  
Se oyeron tres despedidas  
Que murmuraron tres bocas.  
Quitó la luz el de dentro,  
Dobló á la puerta la hoja,  
Quedó en tinieblas la calle,  
Y dijeron fuera: « ¡Ahora! »  
« ¡Viles! » gritó el que salía.  
Los que esperaban: « ¡La moza,  
Dijeron, cuenta con ella! »  
Y á esta palabra traidora  
En dos pedazos la calle  
Partida, en música ronca  
Crujieron y en lid confusa  
De las espadas las hojas.  
« Asirla, » dicen los unos.  
« ¡Hija, á mi espalda! » en voz torva  
Decía el recién salido,  
Que las cuchilladas dobla.  
« ¡Cómo, decían los unos,  
Son dos y terneros osan! »  
« ¡Cómo, murmuraba el otro,  
Villanos tientan mi honra! »  
« ¡Mueran! » dicen de una parte.  
« ¡Vengan! » dicen de la otra;  
Y crece de la contienda  
La confusion temerosa.  
Llueven los tajos sin tino,  
Y aunque se tiran con cólera,

Como tirados á ciegas  
La mayor parte malogran.  
Pero valientes parecen,  
Porque se buscan y acosan  
Con terquedad tan resuelta,  
Que unos de otros se asombran.  
Dan, hieren, cubren, atajan.  
Tierra ganan, tierra cortan,  
Y al ruido de los aceros  
La vecindad se alborota.  
Sacaron luces por alto,  
Gritaron « ¡Fuego! ¡la ronda!  
¡La guardia! » ¡mas todo inútil!  
Porque los tajos redoblan.  
Las mismas luces que sacan  
Son de los menos en contra,  
Y por dó quiera cercados  
En sus postrimeras tocan.  
En esto la calle arriba  
Llegó un mozo á quien abona  
Por noble la larga pluma  
Con que su sombrero adorna,  
Que escusándose palabras  
Y revelándose en obras  
Echó la capa por tierra  
Y por aire la tizona.  
Púsose en pró de la dama  
Como quien hidalgos goza  
Pensamientos, y ha nacido  
De noble sangre española;  
Y anuncióse con tal furia  
De cuchilladas, que á pocas  
Tendió en la calle dos hombres  
En las postreras congojas:  
Y tan rápido revuelve  
Contra los cuatro que afronta,  
Que con una sola espada  
Para los cuatro le sobra.  
Con tiempo y valor apenas  
Para su defensa propia,  
Dijo uno de ellos: « ¡A tanto  
Solo el demonio se arroja! »  
Y al escucharle el mancebo  
Dijo con voz poderosa:  
« Con una legion no basta  
Para el capitán Montoya. »  
Y haciendo el último esfuerzo  
La calle entera despoja  
Por donde entraba á tal punto  
A todo correr la ronda.

## III.

## OFERTAS.

Quando llegó la justicia  
De la contienda al lugar,  
Halló asido de la mano  
Con un hombre al capitán.

Desmayada una doncella  
De él se veía detrás,  
Por otro hombre sostenida  
Con intensísimo afán :  
Y cuando ufanos quisieron  
Meter su tardía paz,  
Oyeron en esta guisa  
Al desconocido hablar.  
« Fadrique soy de Toledo,  
Montoya, no os digo más :  
Mi honor os debo y mi hija;  
Si tienen precio mirad.  
Y vedlo bien, que aunque entrambos  
Me demandéis á la par,  
Os juro á Dios desde ahora  
Que son vuestros, capitán.  
— Lo hecho, dijo Montoya,  
Pagado en esceso está  
Con la amistad de un Toledo;  
Esta es mi mano, tomad;  
Hice lo que debe un noble;  
No hablemos en ello más. »  
Y asíéndola Don Fadrique  
Dijo : Montoya, apretad.  
Tornóse despues á su hija,  
Y volviéndose á nombrar  
Paso le dieron y gente  
Con que ir en seguridad.  
Tomó cartas la justicia,  
Y empezando á justiciar  
Llevóse en prenda los muertos,  
Y citó ante el tribunal  
A los testigos que hubiere,  
Incluyendo al capitán;  
Quien calándose el sombrero  
Replicóles : « ¡ Bien está !  
Póngame, seor corchete,  
Esa capa en caridad,  
Y tome esa friolera  
Con que entierren á ese par. »  
Y echando un bolsillo de oro  
De la justicia en mitad,  
Fuése, dejando en la turba  
Admiración general.

Y justamente admirado  
Merece ser en verdad  
Quien da tales cuchilladas  
Y tales bolsillos da.

## IV.

## EL CAPITAN DON CÉSAR.

« ¡ Esa gente es un tesoro !  
Él generoso y valiente,  
Ella hermosa, ¡ y juntamente  
La ofrecen pesada en oro !

« ¿ Qué te parece, Ginés ?  
Cuatro millones la dan.  
— ¡ Gran presa, mi capitán !  
¿ La aceptaréis ?  
— ¡ Fácil es !  
— ¿ Y la monja ?  
— ¡ Eso te affige !

¡ Buenas son ambas por Dios !  
Y quien de dos toma dos  
Como hombre avisado elige.  
Dicen que parece mal  
Que hombre de mi condición  
Viva siempre solteron  
Derrochando su caudal.

Y á mí también me parece  
Que quien tanto tiene y vale,  
Pues de lo vulgar se sale  
Mas de lo vulgar merece.  
La consecuencia te toca;  
Si una me dan y otra quito,  
Que con dos puedo acreditar;  
Con que, Ginés, punto en boca. »

Esto dijo el capitán,  
Y pidiendo de vestir  
Anunció que iba á salir  
A cierto asunto galán.  
Colgóse al cinto la espada  
De plata en doble cadena,  
Tendió la negra melena  
Sobre la gola plegada :  
Caló el chambergo de lado,  
Y retirando el espejo,  
Tornó su postrer consejo  
A repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel  
En presencia del señor,  
Y ganando un corredor  
Cruzóle delante de él.  
Abrióle de par en par,  
Una tras otra tres puertas,  
Que se quedaron abiertas  
Mucho despues de pasar.

Vénia le hicieron gran pieza  
Siervos que al paso topó,  
Y un page tras él salió  
Descubierta la cabeza.  
Y á fé que se colegía  
Mirando tal homenaje  
Que era mucho personage  
Quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo, vive Dios,  
De que dé el lector discreto  
Con quién es este sugeto  
Que anda há rato entre los dos.  
Sepa pues que el capitán  
Don César Gil de Montoya

Es de las armas la joya,  
Y de las hembras imán.  
Nadie se atreve á afrontallo,  
Ni hay quien resista su lanza;  
Nadie su poder alcanza,  
Sea á pié, sea á caballo.

En liza donde él se mete  
Por empeño ó por favor  
Nunca falta justador  
Para el último ginete.

En fiesta ó lance que él entra  
Toda opulencia es escasa;  
Nadie en lo galán le pasa,  
Ni mas bizarro se encuentra.

Favorece á quien pregunta;  
Obliga á quien aconseja,  
Enloquece á quien corteja,  
Y avasalla á quien se junta.

Audaz con quien enamora,  
Manda, zela, acosa, exige,  
Y al cabo del mes elige  
Nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos  
Que fanatiza á quien ama :  
Deleite su voz derrama,  
Y fuego sus labios rojos.

Muger que cayó en su red  
Su corazón dejó preso,  
Que sorbe con cada beso  
Un corazón cada vez.

No hay puerta que le resista  
Ni reja que le desaire,  
Que entra su amor como el aire,  
Con solo mirar conquista.

Como un sultán opulento,  
Como un Adonis hermoso,  
Sin par en lo generoso,  
Sin igual en ardimiento :

Sol que mata las estrellas,  
La fama arrebatada toda;  
Y es siempre el galán de moda  
Entre las damas mas bellas.

Resuena desde Toledo  
Su nombre por toda España,  
Los nobles le tienen saña,  
Los bravos le tienen miedo.

Los golillas le desdoran,  
Los clérigos le aborrecen,  
Los soldados le apetecen,  
Y los villanos le adoran.

Mas á él le importa un ardite  
De tan varia voluntad,  
Y toma por la ciudad  
Donde le encuentra desquite.

Que no hallando ningún Cid  
Ni topando una Lucrecia,  
Cuanta conquista desprecia,  
Mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,  
Da fiestas por afrentar,  
Que no hay quien sepa igualar  
Sus profusiones sin tasa.

Sin amigos y sin deudos  
Vive solo para sí,  
Y le mantienen así  
Sus herencias y sus feudos.  
Tan rico y gran bebedor,  
No hay medida á sus deseos,  
Y pasa entre devaneos  
Una existencia de amor.

Y para ahogar su indolencia  
Y ocultar que se fastidia,  
Juega sin afán ni envidia  
Pedazos de su opulencia.

Si gana, sin ver recoge;  
Si pierde, paga sin ver;  
Y ni en ganar ni en perder  
Hay medio de que se enoje.

Y según derrama el oro  
Cuando pierde ó cuando presta,  
Parece que tiene puesta  
Cada mano en un tesoro.

Hay quien de impio le trata,  
Y juzga que es mal ejemplo  
Que un page le lleve al templo  
Cogin con borlas de plata :

Y que es audacia inaudita  
Hincarse al pié de la grada  
Y esperar á una tapada  
Para darla agua bendita.

Y aun corren de sus amores  
Susurros por la ciudad,  
Que á ser ciertos en verdad  
Pueden tornarse clamores,

Que anda entre ellos una llave  
Con que se abre un presbiterio...  
Mas el caso es un misterio  
Y la verdad no se sabe.

Él sigue ufano y galán,  
Y los rumores de que hablo  
Si los sabe los da al diablo  
Satisfecho el capitán.

Tal es, amigo lector,  
El Don César de mi cuento :  
Si le crees malo, lo siento;  
Mas no fué mucho mejor.

## V.

## INSUFICIENCIA DEL POETA.

Casa Don Fadrique á Diana,  
Y en su palacio reúne  
Cuanto hay en Castilla entera  
En armas y amor ilustre.

Que es Don Fadrique muy rico  
 Y á origen de reyes sube.  
 Y solo el rey le aventaja  
 Cuando sus empeños cumple.  
 Ofreció una noche su hija  
 En lance que aun hoy encubre  
 El misterio de las sombras  
 A un hombre, á quien atribuye  
 Tantos misterios el vulgo  
 Como al lance que produce  
 El repentino consorcio  
 Que amor y razones une.  
 Mas aunque pasa la noche  
 Y ya su presencia urge,  
 El novio no está en Toledo,  
 Lo que á sospechas induce.  
 Mas buenas tiene sin duda  
 Razones que le disculpen,  
 Porque aunque le echan de menos  
 Nadie de falso le arguye.  
 Todos aguardan que llegue,  
 Y no hay un alma que dude  
 Que se hallará al dar las diez  
 En los salones del duque.  
 Que él ha marcado esa hora,  
 Y tal confianza infunde  
 Su palabra, que no hay prenda  
 Que mas valga ni asegure.  
 Prosiguen pues de la boda  
 Las fiestas, los brindis crujen,  
 Y suenan los instrumentos  
 Voluptuosos y dulces.  
 Nunca tal gala ostentaron  
 Los que de grandes presumen,  
 Ni vió jamás tanta pompa  
 La asombrada muchedumbre.  
 Inútil es ponderarla,  
 Y querer pintarla inútil,  
 Que fiestas como esta mia  
 Contándolas se deslucen.  
 Harto lo llora el poeta,  
 Mas ¡ay, que por mas que luche  
 Con su voz y con su lira  
 La realidad no le suplen!  
 Hará que sus creaciones  
 En bellos versos murmuren,  
 Que canten báquicos himnos  
 Cuando su festin concluyen;  
 Podrá cuando mas se afane,  
 De quien su cuento le escuche  
 Lograr que se finja apenas  
 El rostro, las actitudes,  
 La situacion ó el carácter  
 De los seres que dibuje,  
 Todo ello pesado y débil  
 Aunque á lo vano renuncie.  
 Podrá trazar á un cuadro,  
 Aunque sombras se le enturbien,

Las principales figuras  
 De que su historia se ocupe;  
 Mas la luz, y el movimiento,  
 Y el todo que las circuye,  
 La multitud, las comparsas  
 Que en torno de ellas agrupe,  
 Que giran, hablan, murmuran,  
 Van, vienen, bajan y suben,  
 Las cercan ó las desvian,  
 Y con ellas se confunden,  
 Y respiran con su aliento,  
 Y con impulsos comunes  
 Con ellas gozan, esperan,  
 Rien, cantan, lloran, sufren...  
 ¡Imposible que lo pinten  
 Y en la mente lo acumulen  
 Con voz, movimiento y vida  
 Fácil, palpable, voluble!  
 ¿Cómo contar el tumulto  
 Que en un momento produce  
 En un salon donde danzan  
 Un lance que lo interrumpen?  
 La voz de — ¡Ahí está, señores,  
 Ahí está! — que brota y bulle  
 De boca en boca rodando  
 En derredor se difunde;  
 Y el són de las herraduras  
 Del brido que le conduce,  
 Que al detenerse en el patio  
 Hace que el patio retumbe,  
 Que en las puertas y ventanas  
 Los que bailaban se agrupen,  
 Y por ver mejor se empuñen,  
 Se encaramen y se empujen;  
 Los muchos que prodigando  
 Serviles solicitudes  
 Bajan á asirle el estribo  
 Porque les mire ó salude,  
 Y el salon que dejan solo  
 Con la alfombra y con las luces,  
 Y la chimenea, en donde  
 Chisporrotea la lumbre,  
 ¿Con qué voz, ni con qué lira  
 Se pinta ó se reproduce,  
 De modo que quien escucha  
 Lo conciba y no se ofusque?  
 ¿Cómo el satisfecho porte  
 Contar con que se descubre  
 Al apetecido novio  
 Que por la escalera sube,  
 Mientras se agolpa por ella  
 La aturdida servidumbre  
 Y al peso de los curiosos  
 Por ambas barandas cruje?  
 Avanza pues; por la sala  
 La gente se distribuye,  
 Y este es el lance mas crítico  
 Que en toda la noche ocurre.

Corre confuso murmullo  
 Y ancho movimiento cunde,  
 Mientras asiendo un instante  
 A sí cada cual acude.  
 Quién se compone la gola,  
 Quién los buelillos se sube,  
 Quién desencaja una hebilla  
 Porque el cinturón le ajuste,  
 Quién se revienta unos guantes,  
 Y del placer en la cumbre  
 Las hermosas se sonrien,  
 Y ó aunque astutas disimulen,  
 La vista á un espejo tienden.  
 La mano á la flor ó al bucle.  
 La que gracias ó riquezas,  
 Bien que la pesa, no luce,  
 Busca á una bella la espalda  
 Que aunque la humille, la oculte.  
 Aquí asoma un pié pequeño,  
 Allí unos ojos azules,  
 Acá una falda de encage,  
 Allá un airon de tisúes,  
 Aquí un cuello alabastrino,  
 Y allí una mano que pule  
 Un centenar de brillantes  
 Que por mano y dueño arguyen.  
 Todo esto en viviente masa,  
 Con movimientos comunes,  
 Con existencia uniforme  
 Que en todo fermenta y bulle,  
 Que gira ó que vaga á un tiempo,  
 Se dispersa ó se reune,  
 Danza ó se asoma, y el ruido  
 Cesa, aumenta, ó disminuye;  
 Este momento de atenta  
 Y afanosa incertidumbre,  
 ¿Quién lo cuenta, ó quién lo canta,  
 Por mas que á la par se junten  
 La voz y el arpa, sin ver  
 Que es fuerza al fin que renuncien  
 La voz y el arpa humilladas  
 A empresa donde sucumben?

Desisto pues de mi empeño,  
 Y aunque me da pesadumbre,  
 El salon de Don Fadrique  
 Quien pueda que se figure.

## VI.

## EL NOVIO.

Todos los ojos clavados  
 En la puerta del salon,  
 Toda la gente del baile  
 Agolpada en derredor,  
 En impaciente y atenta  
 Duda un instante quedó,

Esperando la llegada  
 Del venturoso amador.  
 Don Fadrique, Diana y todos  
 Los parientes que juntó  
 En su fiesta el noble duque,  
 De sus huéspedes en pos  
 Están al dintel parados,  
 Que el danzar se interrumpió,  
 Y ahogaron los instrumentos  
 Su ya no escuchado són.  
 Todos inciertos callaban,  
 Y allá en confuso rumor  
 Del novio por la escalera  
 Se percibía la voz;  
 Como si alguno á su paso  
 Demandándole atencion  
 Recibiera una respuesta  
 De superior á inferior.  
 « ¿Comprendistes? » dijo al fin  
 En voz clara. « Sí, señor, »  
 Repuso otra voz humilde,  
 Y él á replicar volvió:  
 « La hora las dos en punto,  
 La gente nosotros dos. »  
 Y de sus anchas espuelas  
 Aspero compás se oyó.  
 Cundió general murmullo  
 De gente por el monton,  
 La masa de mil cabezas  
 Adelantándose hirvió,  
 Moviéndose á un tiempo todas  
 Para ver y oír mejor;  
 Y á tal punto por la sala  
 Con paso resuelto entró  
 El buen capitán Don César,  
 Cual siempre fascinador.  
 Echó los brazos al cuello  
 De Don Fadrique, tomó  
 La mano á Diana, y honóla  
 Con acendrada pasion.  
 Y por la estancia avanzando  
 En tal guisa les habló:  
 « Señor duque, hermosa Diana,  
 Si tardé, mirad que estoy  
 Pronto desde este momento  
 A demandaros perdon.  
 — Capitán, en vuestra casa  
 Nadie exige sino vos.  
 Id, venid cuando os pluguiere  
 Sin pena y sin restriccion,  
 Que en todo lo que gustareis  
 Nos dareis gusto y honor.  
 — Pues cuando os venga en agrado,  
 Señor duque, la ocasion  
 Del notario aprovechemos,  
 Con la ley cumplamos hoy,  
 Y atendiendo á ambos mandatos  
 De justicia y religion,

Hoy nos casarán las leyes,  
Mañana temprano Dios.  
¿Os place?

— Sí, por mi vida.  
— ¿Y á vos, Diana?

— ¿Tengo yo  
Mas voluntad que la vuestra,  
Mi esposo y libertador?  
— Pues de ese modo abreviemos,  
Que aunque por ello afliccion  
Siento en el alma, esta noche  
Aun mi ausencia no acabó. »

Volvióse á tales palabras  
El duque, y conversacion  
Siguieron de esta manera  
Por lo bajo ambos á dos.  
« Don César, ¿llevais espada?  
— Solamente á precaucion.  
— Sabeis, capitán, que os debo...  
— Gracias, duque; aunque de honor,  
No es asunto de estocadas,  
Sino de tiempo.

— ¡Por Dios  
Que tomara por agravio  
Que en caso de esposicion  
Reclamareis el auxilio  
De otro que no fuera yo!  
— Dormid sin cuidado, duque,  
Que en todo evento hombre soy,  
Y os despertaré mañana.  
Volved esta noche vos  
Al baile desde la mesa,  
Danzad, duque, sin temor,  
Y no os acordéis de mí  
Hasta que despunte el sol. »  
Y así el capitán diciendo  
La mano de Diana asió,  
Y á otro aposento pasaron  
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente  
Los contratos en union,  
Volvióse á la danza luego  
Y á la mesa se volvió.  
El duque estuvo gozoso,  
El capitán decidor,  
Y Diana hermosa y radiante  
Y hechicera como el sol.  
Y aunque no faltó un misántropo  
Que admirado se mostró  
Y auguró mal de esta boda,  
Cenando como un leon,  
Desde la cena, la danza,  
Tercera vez empezó,  
Mas que nunca bullicioso  
Y pacífico el salón.  
Mas justo será añadir  
Como fiel historiador

Que mientras seguía el baile  
Y de los brindis el són,  
El capitán y Ginés  
Salían al dar las dos  
De la empinada Toledo  
Por las puertas del Cambrón.

## VII.

## DOÑA INÉS.

Cerraron en un convento  
A Doña Inés de Alvarado,  
Y obraron con poco tiento,  
Porque jamás fué su intento  
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,  
De noble estirpe nacida,  
Pensó libre mariposa  
En volar de rosa en rosa  
Por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca  
La luz del brillante sol  
Y una mente inquieta y loca  
¿Quién puso bajo una toca  
Corazón tan español?

¿Qué valen las celosias  
Que la aprisionan el ver,  
Si en sus bellas fantasias  
Adora todos los días  
Sus delirios de muger?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!  
Que algunos doctores viejos  
Nieguen el mundo para ella  
Si presintiéndose bella  
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sonos  
Del salterio sacrosanto,  
Si las lindas tentaciones  
De otro dios y otras canciones  
Se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas  
Del ayuno y la oracion  
Como exigencias divinas,  
Si hay otras que están ladinas  
Punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos  
Si de nada han de gozar?  
¿Qué fué para los nacidos  
El mundo á que son venidos  
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos  
Los mal mutilados rizos,  
Si no ha de prender en ellos

Una flor que haga mas bellos  
Sus ojos antojadizos?

Dó quier que su sombra alcanza  
Curiosa va tras su sombra  
Con afanosa esperanza,  
Y el pié se ensaya en la danza  
Dó quiera que halla una alfombra.

Dó quier que hablan de virtud  
La causa secreta estudia  
De su secreta inquietud:  
Dó quier que encuentra un laud  
Un himno de amor prelude.

Tal vez á solas mirando  
De su mansion los cerrojos  
Las horas pasó soñando  
Y se encontró despertando  
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana  
Al ver la inmensa campiña  
Donde cruza una aldeana,  
Trocar su sayal de lana  
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja  
Y al bordar un santo nombre  
La santa labor estruja;  
Que audaz tentacion la empuja  
A delinear el de un hombre.

Y así se la van los días  
En suspirar y gemir,  
Por las bóvedas sombrías  
De las largas galerías  
Que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,  
Y sus labios palidecen,  
Y sus piés se debilitan,  
Y sus delirios la irritan,  
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento  
A Doña Inés de Alvarado  
Obraron con poco tiento,  
Que bien se ve que su intento  
No la llamaba á su estado.

¿Pero qué han visto sus ojos,  
Que serenos y radiantés  
Há días que sin enojos  
Moderaron los antojos  
Tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba  
Del templo el cantar sonoro  
Y la oracion la cansaba,  
Hoy de rodillas se clava  
Ante las rejas del coro.

Ella que ayer oístraida  
Asistía al gran misterio  
Del Redentor de la vida,  
Hoy no quita embebecida  
Los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el són  
Del importuno esquilon  
Dejaba el lecho tardía,  
Hoy madruga con el día  
Y adora la creacion.

Ella que ayer descuidada  
Olvidaba sus labores,  
Hoy noche y día afanada  
Multiplica delicada  
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento  
Ofrendas del sentimiento  
Bajo formas infinitas,  
Sus labores esquisitas  
Que orgullo son del convento.

Mutacion inesperada  
Que á sus hermanas admira,  
« Y la oveja descarriada  
(Dicen) del pastor llamada  
Ya á su redil se retira.

« Ya vuelve al dulce reclamo  
De la dulce compañía  
Y á los cuidados de su amo  
La blanca oveja que huía  
Tan salvaje como el gamo  
Nacido en la selva umbría. »

Y en secretas reuniones  
Dándose la enhorabuena  
Doblaban las oraciones  
Pidiendo á estas intenciones  
Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!  
¡Oh necias sin duda alguna  
Las pobres siervas de Dios  
Si no alcanzásteis ninguna  
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto  
Su tez la color recobra,  
Sus ojos brillo y encanto...  
¿Y pensais que el fuego santo  
Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada  
En la seca soledad  
Vuelve á una niña apenada  
La pura tez sonrosada  
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos  
Cubris el mundo y los ojos

Con vuestros benditos velos,  
Cuando á la luz de los cielos  
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela  
Que se vuelve á su pastor,  
Y cuya vuelta os consuela,  
Es tórtola que se vuela  
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban  
Clavados en el altar,  
El altar no contemplaban,  
Que otros ojos no cesaban  
Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,  
Pero pese á los cerrojos  
Lenguas en ojos residen,  
Y los espacios se miden  
Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,  
Y un hombre la devoraba  
Con sus ardientes pupilas,  
Y doña Inés se abrasaba,  
Y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendísteis su esceso,  
Ni de la reja á una esquina  
Visteis que perdido el seso  
Tendió la mano, y que un beso  
Crujió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar  
Al toque de los maitines  
Desde su celda al altar  
Solía mas tarde entrar  
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una  
Que del paseo celosa  
Abriese ventana alguna  
Y viese huir con la luna  
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero  
Que al primer canto del gallo  
Viese acercarse rastrero  
Un rondador caballero,  
Que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,  
Sus vistosos ramilletes  
Que encontraban compradores,  
Pudieron de sus amores  
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiondo  
El sueño de la tornera  
Las llaves manoseando,  
Abierta afición mostrando  
Del manojito á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento  
A Doña Inés de Alvarado  
Obraron con poco tiento,  
Pues ni han mirado su intento,  
Ni en el capitan pensado.

## VIII.

## AVENTURA INESPLICABLE.

Tras grave asunto, á juzgar  
Por lo que van espoleando,  
Corren dos hombres cruzando  
A caballo un olivar.

No está la noche muy clara,  
Mas bien se ve al pié de un cerro  
Una cruz grande de hierro  
Que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es  
Aun á los ojos peores  
Que son dos los corredores,  
Y los caballos son tres.

Echó pié á tierra el primero,  
Y al dar la brida al de atrás—  
Le dijo: — Aquí esperarás; —  
Y el otro dijo: — Aquí espero. —

Y hacía el convento avanzando,  
Del caballero en la oscura  
Sombra se fué la figura  
Hasta perderse menguando,

Y aquí, ¡ó mi lector amigo!  
Fuerza será que convengas  
En que es preciso que vengas  
Hacia el convento conmigo.

Sigue mi camino pues,  
Y de una verja detrás  
Un átrio acaso hallarás  
A pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes  
Da un paso mas, y con él  
Tocarás en el cancel,  
Donde es fuerza que te quedés.

¡Ves un hombre que embozado  
Encorvando la figura,  
Por la estrecha cerradura  
En mirar está ocupado?

Acércate sin temor,  
Que lo que alcanza por dentro  
No hace temible el encuentro  
Del capitan reñidor.

Tú, lector, preguntarás:  
¿Con que el capitan es ese?  
El mismo, mas que te pese,  
Pero hazte un poquito atrás,

Porque levantando el brazo  
Empuja á espacio la puerta.  
Entró, y dejándola incierta  
Sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,  
Sin que pueda replicarte,  
Que esto es llamándote darte  
Con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,  
Todo lo presenciárs,  
Que del poeta á eso y mas  
El poder mágico llega.

Está el capitan en pié  
En medio de la ancha nave,  
Y á la verdad que no sabe  
Ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado  
Con lúgubre terciopelo,  
Mucha gente haciendo duelo,  
Y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo  
Entrelazados blasones,  
Y á la luz de los blandones  
Un cadáver en su cúmulo.

Monges le rezan en coro  
Tristisimos funerales,  
Y le alumbran con ciriales  
Pages de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,  
Y que la tumba rodea,  
Dado que bien no se vea  
Se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar  
El que ha finado á su nicho  
Memoria tuvo capricho  
De su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma  
Las oraciones consuman,  
Mirras y esencias perfuman  
La despedida del alma.

Música triste le aduerme,  
Salmodias le santifican,  
É hisopos le purifican  
El cuerpo que yace inermé.

Mas aquellas oraciones  
Y responsorios precisos  
Llevan de anatema visos  
Y planta de maldiciones.

A veces son sus compases  
Hondos, siniestros, horribles,  
Murmurando incomprensibles,  
Negras é incógnitas frases.

En són lento, ronco y quedo  
Se hacen oír otras veces,  
Y entonces aquellas preces  
Hielan los huesos de miedo.

Otras semejan ahullidos  
Discordes, desesperados,  
Lamentos de condenados,  
De los infiernos salidos.

Otras lejanas rumores  
Cual de tormentas e escuchan,

O de ejércitos que luchan  
Los espantosos clamores.  
Y siempre siendo los mismos  
Los sonos que se levantan,  
Resposos á un tiempo cantan  
Y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena  
Estraña y aterradora  
Que encuentra tan á deshora  
Y le asombra y enajena,

Don César con paso lento  
Entre la turba mezclado  
Dirigióse á un enlutado  
Que oraba en aquel momento.

«¿Quién es el muerto, sabeis,  
(Dijo) á quien rezando están?»  
Y él respondió: «El capitan  
Montoya: ¿le conocéis?»

Mudo quedó de sorpresa  
Don César oyendo tal.  
Mas no lo tomó tan mal  
Como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda pues,  
Diciendo: «Me ha conocido,  
Y burlárseme ha querido,  
Mas luego veré quién es.»

Siguió la iglesia adelante,  
Y una capilla al cruzar  
Vió un sepulcro preparar  
Entre otros varios vacante.

Y á un personage que halló  
De luto, y que parecia  
Que el trabajo dirigia,  
El capitan se acercó.

«¿Para quién abren la hoya?»  
Le dijo; y el enlutado  
Le contestó decontado:  
«Para el capitan Montoya.»

Mudósele la color  
A Don César; mas repuesta  
Su calma, al de la respuesta  
Volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo,  
Pero no le conoció;  
Segunda vez le miró,  
Pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás  
Le hubiese visto la cara,  
Ni imaginó que la hallara  
Tan repugnante jamás.

Que encontró en ella tal gesto  
De aterradora hediondez,  
Que por no verla otra vez  
Dejó caviloso el puesto.

Fuése á otro punto á situar  
Diciendo: «¡Ese hombre estremece!  
De aquel sepulcro parece  
Que le acaban de sacar.»

Uno tras otro se puso  
A contemplar los que via,  
Mas á nadie conocia,  
De lo que andaba confuso.  
Tenian todos las caras  
Descoloridas y secas,  
Y dijeran que eran huecas,  
A mas de antiguas y raras.  
Cansado de fiesta tal,  
Y á impulso de una aprension,  
Llegóse á un noble varon  
Que oraba con un cirial.  
Cabe él la rodilla apoya,  
Y dicele ya con miedo :  
« ¿ Quién es el muerto ? » y muy quedo  
Contestó el otro : « Montoya. »  
Del catafalco á los piés  
Llegó entonces decidido,  
De aquella duda impelido,  
A ver el muerto quién es.  
Por los monges atropella,  
Trepá al túmulo, la caja  
Descubre, ase la mortaja,  
Y él mismo se encuentra en ella.  
Miró y remiró, y palpó  
Con afán hondo y prolijo,  
Y al fin consternado dijo :  
« ¡ Cielo santo, y quién soy yo ! »

Miró la vision horrenda  
Una y otra y otra vez,  
Y nunca mas que á sí mismo  
En aquel féretro ve.  
Aquel es su mismo entierro,  
Su mismo semblante aquel :  
No puede quedarle duda,  
Su mismo cadáver es.  
En vano se tienta ansioso ;  
Los ojos cierra, por ver  
Si la ilusion se deshace,  
Si obra de sus ojos fué.  
Ase su doble figura,  
La agita, ansiando creer  
Que es máscara puesta en otro  
Que se le parece á él.  
Vuelve y revuelve el cadáver  
Y le torna á revolver ;  
Cree que sueña, y se sacude  
Porque despertarse cree,  
Y tiende el triste los ojos  
Desencajados dó quier.  
Mas ; nuevo prodigio ! mira  
A las puertas, y al dintel  
Ve que despiden el duelo,  
De duelo henchidos tambien,  
Don Fadrique y Doña Diana,  
Que arrastran luto por él.

Baja, les tiende los brazos,  
Les nombra, cae á sus piés ;  
« Miradme, les dice atónito,  
Montoya soy, vedme bien. »  
Y ellos le miran estúpidos  
Sin poderle conocer,  
É inclinando las cabezas  
Replican : — Montoya fué. —  
Entonces desesperado  
Con angustia tan cruel  
Vase otra vez hácia el muerto  
Demandándole quién es.  
« ¿ No hay quien sepa aquí quién soy ?  
¿ No hay á salvarme poder ? »  
Y allá desde el presbiterio  
De las rejas al través,  
Oyó una voz que decia :  
« Sí, te conozco, mi bien :  
Abre ; ¿ qué tardas ? partamos :  
Yo soy tu amor, soy tu Ines. »  
Y los brazos le tendia  
La de Alvarado tambien  
De la reja tentadora  
Tras el cuadruple cancel.  
Mas viéndola cual espectro  
Que lo persigue á su vez,  
Gritaba él : « Aparta, aparta,  
¿ Que soy cadáver no ves ? »  
Y apenas palabras tales  
Pronunció cuando tras él  
Vió llegarse aquel fantasma  
Cuyo gesto de hediondez  
Le hizo miedo, y no le pudo  
Recordar ni conocer.  
Contemplóle de hito en hito,  
Le asió del brazo despues,  
Y así con voz espantosa  
Vió que le dijo : — « ¡ Pardiez !  
Tú eres quien cambia conmigo,  
A mi sepultura ven. »  
Y á esta horrorosa sentencia,  
Ya sin poderse valer,  
Cayó en el suelo Montoya,  
Falto de aliento y de piés.

« ¿ Dónde estoy ? ¿ qué es de mi vida ?  
¿ Respiro aun ? » exclamó  
Montoya abriendo los ojos  
Con desfallecida voz.  
« Señor, estais en mis brazos.  
— ¿ Eres tú, Ginés ?  
— Yo soy.  
— ¿ Dónde estamos ?  
— En la cruz.  
— ¿ Del olivar ?  
— Sí señor.  
— ¿ No estuve yo en el convento ?

¿ Pues quién de allí me sacó ?  
— Yo fui, señor.  
— ¡ Tú, Ginés !  
— Perdonad, temí por vos,  
Y viendo que el tiempo andaba  
Y ni seña ni rumor  
Esperanza me infundian,  
Tras vos eché.  
— ¡ Santo Dios !  
¿ Y llegastes...  
— A la iglesia.  
— ¿ Atraído por el són ?  
— Señor, no he oido nada ;  
¿ No os lo dije ?  
— ¿ Cómo no ?  
¿ Dentro la iglesia no vistes  
Los enlutados en pos  
De mi cadáver ? »  
Miróle  
Absorto de admiracion  
El mozo, y dijo :  
« Soñamos,  
O vos, Don César, ó yo.  
Ni vi, ni oí cosa alguna.  
— ¿ Con que es mia esa vision ?  
¡ A mis ojos solamente  
Horrenda se presentó !  
¿ No vistes conmigo á nadie ?  
— Os juro á mi salvacion  
Que solo os hallé, tendido  
Al pié del altar mayor ;  
Y viendo el peligro doble  
Del sitio y la situacion,  
Ni me detuve á pensar  
Si estábais herido ó no ;  
Cargué con vos, y me vine ;  
Ni oí ni vi mas, señor. »  
Calló Ginés, y Don César  
A estas palabras quedó  
Distraido y abismado  
En honda meditacion.  
Mirábale de hito en hito  
Ginés, que aterrado vió  
De la faz del capitán  
La estraña trasformacion.  
Desencajados los ojos,  
Palidecido el color,  
Torvo el mirar, parecia  
Mas que vivo, aparicion.  
Sentado en el pedestal  
De la cruz, dó él le posó,  
Inmóvil permanecia  
Sin fuerza y sin intencion,  
Amarrado á un pensamiento  
Que bullia en su interior,  
Y que se via que todas  
Las potencias le absorvió,  
Como quien mira aterrado

Negra y horrible vision  
Que le borra de los ojos  
Cuanto existe en derredor.  
Temeroso el buen criado  
Por su juicio y su razon,  
Dirigióle atentas frases  
Con afán consolador.  
Mas él ni tornó los ojos  
Ni á sus voces respondió,  
Ni agradeció sus cuidados,  
Que en nada puso atencion ;  
Y al cabo de largo trecho  
Con repentino vigor,  
Levantándose en silencio  
En su corcel cabalgo.  
Hincóle los acicates,  
Y el poderoso brido  
Tras un peligroso brinco  
A todo escape salió.  
Santiguóse el buen Ginés,  
Y en su ruin supersticion  
Dijo : « ¿ Si tendrá los malos ? »  
Y á escape tras él echó.

## IX.

Por una puerta secreta  
Que de los salones sale  
A un secreto gabinete,  
Puede á estas horas mirarse  
A Don Fadrique y Don César  
Que pálidos los semblantes  
Plática tienen trabada  
De asunto en verdad muy grave.  
Demanda con vehemencia  
Don Fadrique, y contestarle  
Resiste el otro, en su empeño  
Ambos por demas tenaces.  
El capitán asentado  
En un sillón torvo yace  
Guardando, pésele al otro,  
Un silencio inalterable.  
Y Don Fadrique colérico  
En pié á su lado, las frases  
Le dirige mas violentas  
Que halló para provocarle.  
Dejábale el capitán  
Que la ira desahogase,  
Como si con él no hablara  
Ni pudieran escucharles.  
Y al fin, de calma en su cólera  
Aprovechando un instante,  
Dirigióle la palabra  
Con razones semejantes :  
« Todo es inútil, denuestros,  
Súplicas, amagos, ayes ;  
El mundo entero no puede  
A que os lo diga obligarme.